

UN COLOQUIO INÉDITO DEL SIGLO XVI: EL *DIÁLOGO DE TEMEROSO*. ESTUDIO Y EDICIÓN

TOMO XCIX · CUADERNO CCCXX · JULIO-DICIEMBRE DE 2019

RESUMEN: El *Diálogo de Temeroso* es un texto inédito, compuesto en la segunda mitad del siglo XVI, cuyo autor pudiera ser Francisco de Hermosilla. En el debate entre Afronio y Sofisto, personajes simbólicos, se contraponen el amor cortés a la doctrina ovidiana. Este trabajo estudia y edita la obra.

Palabras clave: *Diálogo de Temeroso*, amor cortés, Ovidio, diálogo, siglo XVI.

AN UNKNOWN DIALOGUE OF THE 16TH CENTURY:
DIÁLOGO DE TEMEROSO. STUDY AND EDITION

ABSTRACT: The *Diálogo de Temeroso* is an unknown text, written in the second half of the sixteenth century, whose author could be Francisco de Hermosilla. In the debate between two symbolic characters, Afronio and Sofisto, courtly Love is contrasted with the Ovidian doctrine. This paper studies and edits the work.

Keywords: *Diálogo de Temeroso*, Courtly Love, Ovid, Dialogue, Sixteenth Century.

ENTRE los folios 426r y 434r del manuscrito Add. 16176, conservado en la British Library, se encuentra un texto titulado *Diálogo de Temeroso*, que parece haber pasado desapercibido a los historiadores de la literatura española¹. El códice es una recopilación de *Cartas varias*, debida a

¹ En la foliación antigua, a tinta, corresponde a los folios 640r-648r. Sobre este manuscrito, véase Pascual de Gayangos, *Catalogue of the Manuscripts in the Spanish Language in the British Library*, London, William Clowes and Sons, 1877, II, págs. 240-255 y *Catalogue of Additions to the Manuscripts in the British Museum in the years MDCCCXLVI-MDCCCXLVII*, London, Woodfall and Kinder, 1864, págs. 160-164. El texto no se menciona en las recopilaciones sobre el género, ni siquiera en un corpus de gran valor filológico como la base

Francisco de Hermosilla, al que se identifica como «presbítero beneficiado en la iglesia de San Cosme y San Damián de la ciudad de Burgos, y secretario de don Pedro de Zúñiga y Avellaneda, abad de San Isidro de León». No es el único ejercicio compilatorio que afrontó Hermosilla, pues en la Biblioteca Nacional de España, con la signatura Mss. 3834, se custodia otro volumen de *Cartas originales y traslados de otras del emperador Maximiliano y del rey don Felipe II y de muchos y grandes príncipes y señores cardenales, arzobispos y obispos, duques, condes, marqueses y otras personas de mucho valor, letras, aviso y discreción*, fechadas en su mayor parte entre 1569 y 1580².

El códice londinense incluye manuscritos y algunos impresos, con fechas que van de 1510 a 1745. Los cuatro documentos adscritos a los siglos XVII y XVIII son, evidentemente, adiciones posteriores a la compilación de Hermosilla. Del mismo modo, las cartas con fecha anterior a 1566 corresponden a traslados hechos con posterioridad, pues el grueso de las misivas, obras y documentos que aquí se reúnen se compusieron y copiaron entre 1566 y 1588. Y es que Hermosilla comenzó la tarea tras su incorporación al servicio de don Pedro de Zúñiga, que hubo de tener lugar después de 1565, ya que en esas fechas se encontraba todavía en Roma culminando sus estudios. En efecto, el 28 de mayo de 1565, «Franciscus de Hermosilla, clericus palentinensis diocesis», obtenía el grado de doctor en ambos derechos por la Universidad de Roma, ante un tribunal formado por Marco Antonio Burghesio, Alexandro Ferreo Ursino, Scipione Lancellotto, Honofrio Camaiano, Antonio Marchesano, Petro Paulo Justino, Mario Gabrielio y Petro Aldobrandino, actuando como testigos Juan de Monroy y Diego de Ledesma, ambos de la diócesis de Zamora, y Francisco de Soto, clérigo de la diócesis lucense³.

de datos *Dialogyca. Biblioteca Digital de Diálogo Hispánico* [<http://www.dialogycabddh.es>]. Quede constancia de que este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación FFI2015-63501-P y en el CIPHNCN.

² Cfr. *Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional*. X, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984, pág. 189, nº 3824, donde se anota: «La mayor parte de cartas son del abad de S. Isidro, D. Pedro de Zúñiga y Avellaneda o dirigidas a él y recogidas por su secretario».

³ Cfr. Rafael Ramis Barceló, *Doctores hispanos en leyes y cánones por la Universidad de La Sapienza de Roma (1549-1774)*, Madrid, Editorial Dykinson, 2017, pág. 57, que remite a Archivo di Stato, Roma, Reg. 229, *Registrum doctorum et decretorum* (1565-1570), fol. 3r.

Desde luego, en 1570, ya estaba en España y muy pronto comenzó a ejercer como secretario de don Pedro de Zúñiga⁴. En su condición de beneficiado de San Cosme en Burgos, asistió a las fiestas que la ciudad había organizado el 24 de octubre de ese año en honor de la princesa doña Ana de Austria, que se dirigía a Madrid para casarse con Felipe II. No solo eso, tuvo a bien hacer una pequeña relación de las celebraciones, que se conserva el archivo de la diócesis burgalesa⁵. Entre el verano y el otoño de 1572, se mueve entre Sevilla y Sanlúcar de Barrameda con el intento de publicar un libro dedicado a don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, con la mediación de fray Jerónimo de Mendoza, fray Juan de Aguilar y hasta del mismo don Pedro, que se dirigió al cardenal don Cristóbal de Sandoval y Rojas para solicitar una nota suya en favor de Hermosilla⁶. En fin, parece que se mantuvo cercano a don Pedro hasta la muerte de este, sobrevenida el 25 de mayo de 1595.

Don Pedro de Zúñiga y Avellaneda era el tercer hijo de Francisco de Zúñiga y Avellaneda, III conde de Miranda del Castañar, y de doña María Enríquez de Cárdenas. Entre sus hermanos se contaban don Francisco de Zúñiga y Avellaneda y Enríquez (1510-1566), heredero del título familiar; don Gaspar de Zúñiga y Avellaneda (1507-1571), que llegó a ser cardenal y arzobispo de Santiago de Compostela (1558) y de Sevilla (1569), así como cardenal de Roma (1570); o doña Catalina de Zúñiga y Cárdenas, que casó con Luis de Sandoval y Rojas, III marqués de Denia y II conde de Lerma. Don Pedro, también conocido como Pedro Núñez de Avellaneda, fue desde muy joven prior de Aracena, ocupando asimismo la abadía de la colegiata de Peñaranda de Duero, que había sido dotada por sus padres. Llegó luego a ser abad del monasterio burgalés de Nuestra Señora de La Vid. En 1536, fue designado prior de Covarrubias, cargo en el que sucedió a su tío don Íñigo

⁴ Con ese título se refiere a él don Pedro —«Hermosilla, mi secretario»— en una carta de 1572 (*Cartas originales y traslados de otras*, BNE, Mss. 3834, fol. 393).

⁵ Luciano Huidobro Serna, que recoge la noticia, apunta respecto a la autoría: «A juzgar por la letra y el estilo, debió escribirla el secretario de dicho prelado, don Francisco de Hermosilla» («Fiestas en Burgos en 1570», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos*, 67, 1939, págs. 222-224, pág. 222).

⁶ Cfr. British Library, Ms. Add. 16176, fols. 53-57 y *Cartas originales y traslados de otras*, BNE, Mss. 3834, fol. 122.

López de Mendoza hasta 1574, cuando pasó a ser abad de San Isidro el Real de León⁷. Ese vínculo con los Zúñiga parece tan decisivo para Hermosilla que los dos manuscritos mencionados reúnen, antes que nada, cartas y documentos del entorno de los condes de Miranda. Y, desde luego, no deja de ser un significativo indicio el hecho de que tanto el códice conservado en Londres como el madrileño se abran con el dibujo del escudo de armas de don Francisco de Zúñiga y Avellaneda, III conde de Miranda⁸.

Pero no acaba ahí el vínculo, pues el propio *Diálogo de Temeroso* se cierra con una noticia que parece también remitir a la familia Zúñiga. Al final de la copia manuscrita, tras la rúbrica, pero todavía como parte del coloquio –como indica el motivo caligráfico que cierra la página final con dos signos similares que se encuentran al final del texto y justo antes de tal rúbrica–, se lee la siguiente advertencia, que sirve de remate al coloquio:

Mote de Doña Ju. Cortés, cuando se casó.
Puse fin a mis cuidados⁹.

Dadas las fechas y el entorno de relaciones en que vivió y escribió Hermosilla, esta «doña Ju. Cortés» pudiera ser otro miembro de la familia Zúñiga. Me refiero a doña Juana Cortés de Zúñiga (1536-1584), que casó con don Fernando Enríquez de Ribera, II duque de Alcalá de los Gazules y III marqués de Tarifa, en la iglesia sevillana de San Benito el 2 de enero de 1564, o –más probablemente– su hija, doña Juana Cortés Enríquez de Ribera († 1635), cuyo matrimonio con don Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa (1563-1606), IV marqués de Priego, tuvo lugar el 22 de julio de 1587, tam-

⁷ Sobre don Pedro de Zúñiga y Avellaneda, véase *Fuentes para la historia de Castilla*, Valladolid, Cuesta, 1907, II, pág. cx; Julio Pérez Llamazares, *Historia de la Real Colegiata de San Isidoro de León*, León, Imprenta Moderna, 1927, pág. 187; y Ana M^a Soler Navarro, *El ducado de Peñaranda. Su origen y desarrollo hasta la desaparición del linaje de los Zúñiga*, Tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid, 2009, págs. 122-123.

⁸ En el escudo se superponen las armas de los Zúñiga, con una banda de sable y cadena de oro en campo de plata, y las de los Avellaneda, con cuatro lobos de sable que llevan en la boca sendos corderos de plata en campo de oro.

⁹ *Diálogo de Temeroso*, fol. 434r. En adelante las citas del *Diálogo* se incluirán dentro del texto, remitiendo, como aquí, a la foliación original.

bién en Sevilla¹⁰. La primera, doña Juana Cortés de Zúñiga, era hija de Hernán Cortés, conquistador de México y, para entonces, marqués del Valle de Oaxaca, y de doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, y nieta, por parte de madre, de don Carlos Ramírez de Arellano Enríquez, II conde de Aguilar de Inestrillas, y de doña Juana Zúñiga de Guzmán. Esta rama de los Zúñiga estaba, pues, ligada a los duques de Béjar y la de don Pedro a la casa de los condes de Miranda del Castañar, aunque, en último término, todos descendían del matrimonio entre don Pedro López de Zúñiga y García de Leiva (1384-1454), I conde de Ledesma y Plasencia, y doña Elvira Isabel de Guzmán y Ayala, III señora de Gibraltor (1375-1450).

El mote que clausura el diálogo alude inequívocamente al matrimonio de doña Juana. La cronología de esas bodas coincide, si bien se mira, con la actividad que hemos reseñado de Hermosilla entre 1566 y 1588. En el caso de doña Juana Cortés de Zúñiga, casada en 1564, se trataría de un homenaje realizado pocos años después de sus desposorios, mientras que el enlace de doña Juana Cortés Enríquez de Ribera en 1587 coincide por completo con esas fechas. Sevilla se presenta, además, como ciudad de referencia, donde se celebran las bodas y donde asisten con frecuencia por esos años don Pedro de Zúñiga y Francisco de Hermosilla, tal como se sigue de sus epistolarios. Los vínculos con la casa de Zúñiga refuerzan la propuesta, en la que el matrimonio se presenta para la dama, según cabe deducir de la divisa, como el remedio para sus preocupaciones.

Teniendo en cuenta la cronología del manuscrito Add. 16176 de la British Library y los textos que acompañan al *Diálogo de Temeroso*, este pudo componerse entre 1570 y 1588. Acaso en 1587, si es que correspondiera a la boda de doña Juana Cortés Enríquez de Ribera. La copia la realizaría el propio Francisco de Hermosilla¹¹, pues la caligrafía coincide con otros traslado del volumen y del Mss. 3834 de la Biblioteca Nacional de España. No solo eso, pues cabe

¹⁰ La carta de dote se dio en Sevilla ese 22.7.1587 ante el escribano Diego de la Barrera. Cfr. Francisco Fernández de Béthencourt, *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española, casa real y grandes de España*. VI, Madrid, Enrique Teodoro, 1905, págs. 205-206.

¹¹ Así lo anotó Gayangos en su descripción del código: «In the hand-writing of, and signed by, Francisco de Hermosilla with his initials» (*Catalogue of the Manuscripts in the Spanish Language*, ed. cit., II, pág. 254).

pensar que, ya que Hermosilla rubricó el texto con sus iniciales –cosa que no hizo sino en contados casos–, bien pudiera ser el autor del mismo¹².

Estamos ante una copia en limpio, hecha a partir de un original previo, con muy pocos errores, casi siempre enmendados por el propio copista, lo cual ha de considerarse como indicio –entiendo que inequívoco– de que estaba copiando un texto previo, acaso el borrador original. El esmero llega a tal punto que he localizado siete errores de copia, de los que solo uno queda sin rectificar: *clraram^{te}* en el fol. 431r. Los otros seis llevan su correspondiente enmienda. Al final del fol. 426r, la palabra «ella» parece haber sido omitida y así se transcribe fuera de caja; en el 426v, la preposición *en*, de la frase «para en la tribulación», aparece volada con marcas que indican el lugar donde debe encajar; en el fol. 427v, el copista escribió inicialmente «atrevimiento el el que», y luego puso un *es* sobre el primer *el*; al final del fol. 427v, *-vino* quedó fuera de la caja en la frase «un amor divino»; al señalar el personaje en el fol. 428v, se empezó a escribir *So-*, correspondiente a Sofisto, aunque se rectificó por *Aphro*; y, en fin, el error inicial de copia «agora que que es verdad», en el fol. 431v, se corrigió escribiendo *veo* sobre el primer *que*.

Al menos dos lectores dejaron rastro de su lección. El más antiguo señaló con dos líneas paralelas en el lateral derecho los lugares que le interesaron. Estas marcas llaman la atención, en el fol. 431v, sobre el pasaje: «No es mi intento defender mujeres ni acusarlas, sino digo que quien amado es cobarde es una gran necio»; y sobre una cita de san Gregorio y dos frases en el mismo fol. 433r: «si vos pensáis que la ocasión y el suceso y el remedio os ha de venir a buscar, es gran engaño» y «¿Qué sirve aumentar males a males y el tiempo presente con temor del futuro no gozarle? Es necedad, antes que seas desdichado, tenerte por tal».

Otro lector posterior intervino con diversos signos. Con dos puntos y una coma destacó dos pasajes sobre la discreción de la mujer en los fols. 427v y 429v; en el fol. 429v marcó un aforismo hipocrático: «La vida es breve y las ocasiones pocas»; en el fol. 430v indicó las frases «que te favorezca una mujer en lo que puede» y «En ese negocio te doy libertad», junto con el

¹² Con el fin de evitar confusiones, recuérdese que a otro Francisco de Hermosilla, homónimo y contemporáneo de este, pero fraile de San Benito, nacido en San Martín de Valdeiglesias, capellán de los ejércitos reales y asentado en Milán, se debe la *Primera parte del valeroso Zaide en octava rima*, cuya dedicatoria está fechada en 1596.

soneto incluido en el diálogo; apuntó la cita de Publio en el fol. 432r y, en el 433r, la sentencia «con alguna fuerza el amor y el viento se contrastan». Unas líneas verticales aparecen en el fol. 427v para resaltar el período que va desde «Crea verdaderamente que muchos...» hasta «...a un amor perfecto»; en el fol. 429v, para la historia de Aconcio y Cípide; en el fol. 430r, desde «Así que tienen un arancel...» hasta «...a mal tiempo concedidas»; y en los fols. 431v-432r para el ejemplo de Casandro y Alejandro Magno; las usa luego para la anécdota de Diógenes y el mismo Alejandro y, en fin, para un nuevo caso sobre el miedo que Hércules provocaba. Reservó el subrayado para las citas de Séneca y Petronio del fol. 432r, mientras que la nota marginal del folio 431r identifica una cita de Ovidio y la del fol. 433v indica que el pasaje que sigue es «Resumen de todo».

UN DIÁLOGO DE AMORES

Los cuidados de doña Juan Cortés eran inequívocamente amorosos, pues no en vano se resolvieron con su matrimonio. De ser así, este *Diálogo de Temeroso* podría haber sido compuesto como un presente cortesano destinado a una dama noble que acababa de celebrar sus esponsales. Por ello, como cabía esperar, el coloquio se ocupa en un caso de amores, correspondiente a esos «cuidados» que se mencionan en el colofón y que enlazan con el título mismo, pues los tales no eran –conforme al *Diccionario de Autoridades*–, sino recelos y temores de lo que pudiera sobrevenir. Uno de los dos interlocutores resume la materia en el apóstrofe «¡Mal haya temor tan temeroso!» (427v).

En cuanto al género, la obra condensa los rasgos básicos del diálogo renacentista, con sus mecanismos de argumentación retórica interactiva, donde los personajes que intervienen contrastan ideas, opiniones y circunstancias, en este caso, referidas al amor y a los modos de enfrentarse a las alteraciones que provoca. Pero, como ha explicado Ana Vian, no se trata de una conversación común, sino de una construcción literaria con un fin determinado, ajustado aquí a entorno cortesano¹³. Para ello se atiende a los elementos dra-

¹³ Ana Vian Herrero, «Voces áureas. La prosa. Problemas terminológicos y cuestiones de concepto», *Criticón*, 81-82, 2001, pág. 146. Sobre el género del diálogo renacentista, véase

máticos que caracterizan al género, comenzando por el espacio de la conversación, la situación que da lugar al debate, la identificación de los interlocutores, su caracterización como hombres letrados, así como los mecanismos de su interlocución, que pretenden dar verosimilitud al texto¹⁴. Aun cuando el *Diálogo de Temeroso* responde a los rasgos básicos del género, hay también un elemento de hibridación, pues nos encontramos, por un lado, ante una *disputatio* en toda regla, en la que se enfrentan dos posiciones contrapuestas, pero también con uno de esos tratados de amores que tuvieron asiento en la literatura de la época y hasta con un mero juego cortesano¹⁵. De hecho, ese elemento lúdico se impone sobre la intención didáctica que, con frecuencia, fue razón de ser en los diálogos renacentistas. El debate, que inicialmente se plantea como la solución a un problema, termina convirtiéndose en un diálogo abierto, en el que no cabe llegar a una conclusión, pues tampoco el amor la tiene.

El nombre mismo de los personajes que protagonizan la obra, Afronio y Sofisto, tiene una dimensión simbólica, que también nos sitúa en un marco de erudición clásica, fundamental para comprender la concepción de este diálogo. El nombre del primero, Afronio, remite al verbo griego ἀφρονέω, que significa ‘estar falto de juicio’; mientras que Sofisto debe su etimología al sustantivo σοφιστής en su sentido original de ‘sabio o filósofo’. Pudiera parecer por esta caracterización que nos encontramos ante una estructura similar a la de otros diálogos renacentistas, en la que un interlocutor principal va guiando e instruyendo a los demás personajes. Sin embargo, Sofisto, por más

además Jesús Gómez, *El diálogo en el renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988; Asunción Rallo, *La escritura dialéctica: estudios sobre el diálogo renacentista*, Málaga, Universidad de Málaga, 1996; Ana Vian Herrero, «Interlocución y estructura de la argumentación en el diálogo: algunos caminos para una poética del género», *Criticón*, 81-82, 2001, págs. 157-190; y Jacqueline Ferreras, *Los diálogos humanísticos del siglo XVI en lengua castellana*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.

¹⁴ Ana Vian Herrero, «La ficción conversacional en el diálogo renacentista», *Edad de Oro VII*, 1988, págs. 173-186.

¹⁵ Véase Jacqueline Ferreras, «Las marcas discursivas de la conciencia individualista en el diálogo humanístico del siglo XVI», *Criticón*, 81-82, 2001, pág. 207, así como *Tratados de amor en el entorno de Celestina (siglos XV-XVI)*, ed. Pedro M. Cátedra, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001.

que asuma el papel de maestro, no tiene más preponderancia en la acción que Afronio. De hecho, el debate termina sin que este, por más que carezca de discernimiento, termine por aceptar los preceptos del juicioso.

La trama se inserta en un levísimo marco pastoril, apenas apuntado en la intervención con que Afronio inicia la obra: «Quiero en este valle triste y solo llorar mi desventura». No hay más, aunque es suficiente para trazar ese vínculo que, durante el Renacimiento, unió las materias amorosa y pastoril, tal como subrayara fray Luis en *De los nombres de Cristo* por boca de Marcelo: «Verdad es, Sabino, que usan los poetas de lo pastoril para decir del amor; mas no tenéis razón en pensar que para decir de él hay personas más a propósito que los pastores, ni en quien se represente mejor. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar, pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad»¹⁶. Bien es verdad que muy pronto descubrirá el lector que la zamarra es aquí una mera envoltura, pues estos dos personajes sostienen, a lo largo de su plática, sendas doctrinas amorosas con un considerable despliegue de erudición clásica, que no encaja en la condición pastoril. Afronio, conforme a la etimología de su nombre, ha perdido el juicio y vive en un permanente estado de sufrimiento a causa del temor que el amor le provoca. Su comportamiento corresponde punto por punto al que la figura del pretendiente sigue en el amor cortés: se limita a contemplar a la amada, consciente de la insalvable distancia que los separa. Era esa la clave que en su momento señaló Joseph Bédier como naturaleza propia del amor, según fue concebido en la Provenza medieval:

Ce qui lui est propre, c'est d'avoir conçu l'amour comme un culte qui s'adresse à un objet excellent et se fonde, comme l'amour chrétien, sur l'infinie disproportion du mérite au désir —comme une école nécessaire d'honneur, qui fait valoir l'ammant et transforme les vilains en courtois; —comme un servage volontaire que recèle un pouvoir ennoblissant, et fait consister dans la souffrance la dignité et la beauté de la passion¹⁷.

¹⁶ *De los nombres de Cristo*, ed. Javier San José Lera, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, pág. 82.

¹⁷ «Les Fêtes de mai et les commencements de la poésie lyrique au Moyen Age», *Revue des Deux Mondes*, 135, 1896, págs. 146-172, pág. 172. Sobre el amor cortés, véase además Sarah Kay, «Courts, Clerks, and Courtly Love», en *The Cambridge Companion to Medieval Romance*, ed. Roberta L. Krueger, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 81-96;

A esa conciencia del propio demérito corresponden las afirmaciones de Afronio, que se mueve repetidamente en torno a tal campo léxico: «Solo su valor y mi merecimiento son contrarios», «¿Había yo de dar apariencias de servir a quien no merezco adorar?» o «¿Yo merecerla? Dios me destruya» (426r y 482r). La consecuencia es el temor en el que Afronio vive inmerso, que da título al diálogo y corresponde al motivo clásico del *timor amoris*. El sentimiento de miedo nace de no solo de la desigualdad para con la dama, sino también del peligro que el amor significa para su honra, de la propia timidez del amante y aun del dolor que provoca un deseo insatisfecho¹⁸.

Todo ello se suma en las palabras de Afronio, que solo da muestras de su amor por medio de dos signos externos: el temblor y el silencio. El primero nace como indicio de debilitamiento y turbación ante la presencia de la dama: «Cuando alguna vez acierto a verla, estoy tan turbado que solo en verme estoy temblando» (428v)¹⁹; el segundo corresponde a otro tópico

Ana M. Rodado Ruiz, *Tristura conmigo va: fundamentos de amor cortés*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000; James A. Schultz, *Courtly Love, the Love of Courtliness, and the History of Sexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 2006; y Jean Markale, *El amor cortes o la pareja infernal*, Madrid, Olañeta, 2006.

¹⁸ Así lo explica Maria Picchio Simonelli: «Nella poesia provenzale i timori che trovano espresione poetica sono vari: timori prodotti dall'ambiente esterno al poeta, come la gelosia o il maldire dei lausengiers e timori, ancor più angosciosi e intimi al poeta stesso, nati dal senso di inadeguatezza di fronte alla nobiltà della donna, dalla timidezza dei propri sentimenti, dall'incapacità di parlare o di dimostrare in qualche modo il proprio amore» («Il grande canto cortese dai provenzali ai siciliani», *Cultura Neolatina*, 42, 1982, págs. 201-238, págs. 210-211). Véase asimismo Claudia Piña, «La cuita y la muerte de amor como prueba del verdadero amor. Análisis del empleo de los tópicos cortesés en los decires amorosos de Jorge Manrique», en *Expresiones de la cultura y el pensamiento medievales*, ed. Liliana Von der Walde y Aurelio González, Mexico, Colegio de México, 2010, págs. 137-154.

¹⁹ Como síntoma del amor *hereos* se recogía en el *Lilio de medicina* de Bernardo de Gordonio: «E el pulso de ellos es diverso e non ordenado, pero es veloz e frecuentado e alto si la mujer que ama viniere a él, o la nombraren, o pasare delante d'él. E por aquesta manera conoció Galieno la pasión de un mancebo doliente, que estaba echado en una cama muy triste e enmagrecido, e el pulso era escondido e non ordenado e no lo quería decir a Galieno. Entonçes aconteció por fortuna que aquella mujer que amaba pasó delante d'él, e entonces el pulso muy fuertemente e súbitamente fue despertado. E como la mujer hobo pasado, luego el pulso fue tornado a su natura primera. E entonçes conoció Galieno que estaba enamorado» (ed. Brian Dutton y M^a Nieves Sánchez, Madrid, Arco Libros, 1993, pág. 522).

asentado en el amor cortés, el *secretum amoris*, que aparece formulado de diversos modos: «Tu amistad me manda que lo diga, mas mi dolor que, si mil muertes me ofrescieren, que lo calle», «¿Cómo te he de decir lo que yo a mí mismo encubro?», «...con este deseo, con tenerle secreto, a mí me satisfago», «...hacer tan gran maldad como manifestar mi pena» o «Véome a mí tan temeroso que nunca la hablo» (426v, 427r, 428r, 428v y 429r). Tal como fue común en la literatura española desde el siglo xv²⁰, Afronio oculta su pasión amorosa incluso a la propia dama, y esa tensión es, en gran medida, causa del permanente dolor en que se muestra y en el que le descubre Sofisto.

Cuando este le exhorta a que hable, primero se resiste, aunque finalmente cede a sus requerimientos, rompiendo así con el *secretum*: «Tú me haces faltar a lo que debo, pues puede más conmigo tu ruego que la determinación que yo tenía. Estoy (mal hago en decillo) enamorado». «¡Pequeño trueno para tan gran relámpago!», responde Sofisto (427r), abriendo así el debate que sostiene la obra. En el eje de la argumentación que a partir de ahí despliega Sofisto, está la pregunta «¿Qué es amor?», a la que Afronio responde con una definición reputada: «Una transformación del que ama en la cosa amada» (428r). Esa metamorfosis conllevaría la igualdad entre los amantes, aunque Afronio insiste en la minusvalía de sus méritos para ser amado. La batería de razonamientos que despliega caracterizan a Sofisto como un cínico representante de la modernidad, tal como él mismo apunta: «...según dicen los que andan por el mundo, que no es ya lo que solía» (430v). Afronio siente incluso pudor ante los desahogados consejos de su amigo: «Es lenguaje tan fuera de mi estilo que aun he vergüenza de que hables de esa suerte» (430r).

En realidad, la doctrina de Sofisto procede esencialmente del *Ars amatoria* de Ovidio²¹. De allí le viene la censura de la timidez y el aliento para que el enamorado afronte sus amores de manera decidida, conforme al motivo

²⁰ Cfr. Pierre Le Gentil, *La poésie lyrique espagnole et portugaise à la fin du Moyen Âge. I. Les thèmes et les genres*, Rennes, Philon, 1949, págs. 102-104; Otis Green, «Courtly Love in the Spanish Cancioneros», *Publications of the Modern Language Association of America*, LXIV.1, 1949, págs. 247-301, págs. 261-265.

²¹ No obstante, hay que tener en cuenta que Ovidio también influyó sobre el amor cortés, como se hace evidente en el *De amore* de Andreas Capellanus y en algunos motivos de la poesía provenzal. Cfr. Jessie Crosland, «Ovid's contribution to the conception of love known as l'amour courtoise», *Modern Language Review*, 42, 1947, págs. 199-206. Al respecto

de la *militia amoris*²². También se encuentra en Ovidio la recomendación de usar cartas, ilustrada con el ejemplo de Aconcio y Cidipe, al que también se acude en el *Diálogo*: «Littera Cydippen poma perlata fefellit,/ insciaque est verbis capta puella suis», ‘Una carta mandada en una manzana engañó a Cidipe y la desprevenida moza quedó cogida en sus propias palabras’²³. Pero, sobre todo, al tratado ovidiano alude la convicción de que el deseo femenino es primer aliado del amante: «El primer convencimiento que en tu mente penetre sea el de que todas ellas se dejan tal vez atrapar; las atraparás con no solo que tiendas tus redes [...]. Tal como al varón le agradan amores furtivos, así le agradan a la mocita; el varón apenas disimula: ella encubre mejor sus anhelos»²⁴. En ese mismo sentido sentencia Sofisto: «Muchas veces la desenvoltura es testimonio del amor; que yo, de amor confiado ni encogido, si fuera mujer, poquito fiara» (428v).

Este ejercicio de contraste entre el amor cortés y los dictámenes ovidianos concluye finalmente en nada, pues, Afronio, en su manía amorosa, no acaba de ceder a la argumentación de Sofisto, por más que este personifique la sabiduría: «No para seguir tu parecer, sino para tomar de él lo que quisiere, me di en pocas palabras lo que me has persuadido» (433v). Al cabo, es Sofisto quien renuncia, convencido del esfuerzo inútil que significa rebatir a un demente: «Porque no tengas pesar con lo que digo, quiero callar, que por esta vez nos podremos ir con lo que he dicho» (434r). No obstante, el *Diálogo de Temeroso* constituye un pequeño arte de amar, que enfrenta la melancolía irresoluta de un amante cortés frente a la acción positiva del que entiende que el amor aspira a satisfacer los deseos. Y, a juzgar por el mote final de doña Juana Cortés, fue este último, Sofisto, quien supo llevar el agua al molino del matrimonio.

puede verse asimismo y Kathleen Andersen-Wyman, *Andreas Capellanus on Love?*, New York, Palgrave Macmillan, 2007.

²² Véase Ovidio, *Ars amatoria* II, 229-236.

²³ Ovidio, *Ars amatoria* I, 457-458 (*Obra amatoria II. El arte de amar*, trad. Francisco Socas, Madrid, CSIC, 1995).

²⁴ Ovidio, *Ars amatoria* I, 268-275: «Prima tuae menti veniat fiducia, cunctas/ Posse capi; capies, tu modo tendes plagas [...]./ Utque viro furtiva Venus, sic grata puellae:/ Vir male dissimulat: tectius illa cupit».

LAS FUENTES DEL TEMOR

Dada esta presencia de Ovidio y su caracterización como persona letrada, no resulta inverosímil que Sofisto ilustre su argumentario con un considerable número de *exempla* y *sententiae* de procedencia clásica, en los que el poeta romano tiene una destacadísima presencia. No menos que ocho de los dieciséis lugares grecolatinos que trae Sofisto en sus intervenciones remiten directa o indirectamente a Ovidio. Seis casos que le sirven como prueba y demostración se encuentran en alguna de sus obras: el de Cipariso y la cierva en *Metamorfosis* X, 106-142, el de Aconcio y Cidipe en *Ars amatoria* I, 457-458 y en *Heroidas* XX; los de Teseo y Ariadna, Paris y Elena y Neso y Deyanira en *Heroidas* X, XV y IX respectivamente; y la caída de Dédalo en *Metamorfosis* VIII, 183-235. También trae a dos aforismos ovidianos: «Escucha lo que te aconseja Ovidio, que, a los atrevidos, el mismo Dios los favorece; y, en otra parte, que Fortuna y Venus los ayuda» (432r), que tienen su original respectivamente en *Metamorfosis* X, 586 y en *Ars amatoria* I, 608.

Los otros ocho lugares tienen procedencia diversa. El *exemplum* de Casandro y Alejandro Magno remite a Plutarco en sus *Vidas paralelas*, mientras que el de Diógenes y el mismo Alejandro se relaciona en la biografía que del filósofo hizo Diógenes Laercio. Veremos como Sofisto adapta el famosísimo aforismo de Hipócrates «La vida es breve y las ocasiones pocas» (429v), sentencia con Petronio que «Cuanto uno teme, tanto huye» (432r) y con Publilio Siro que «Nunca peligro sin peligro se vence» (432r), y cierra su discurso con dos máximas sucesivas de san Gregorio de Nisa y de Séneca, en sus *Epístolas a Lucilio*: «Con esto quiero dejarte con lo que Gregorio dice: “No conoce el bien de la libertad a quien el temor de la servitud le encoge”. Dice Séneca: “Muchas más son las cosas que espantan que no las que nos atormentan”» (433r).

Hasta el mismo Afronio se intoxica de ovidianismo, trae los mitos de Faetón y de la gigantomaquia según la versión de las *Metamorfosis*, argumenta con el poeta latino al lado del estoico Séneca: «Dice Séneca que el temor quita las fuerzas, y Ovidio que manda mucho el temor» (432r) e incluso traduce a la letra un famoso pasaje de *Amores* III, 4, 1-8: «Y es verdad que ningún embarazo, sino su voluntad, la estorbe, porque dice Ovidio: “Dueña

importuna de la tierna doncella, ninguna cosa haces; a cada una la de guardar su entendimiento. Si alguna sin temor ni guarda es casta, esa es casta, que la que no puede no quiere, esa ya concede el mal”» (431r-v).

A la vista de este alarde de erudición clásica, cabría entender el *Diálogo de Temeroso* como un prontuario de citas en torno al *timor amoris*. El gusto por el compendio de apotegmas casa además con el personaje de Hermosilla, que, en el mismo manuscrito londinense e inmediatamente antes de nuestro coloquio, incluyó unos *Avisos de cosas curiosas y algunas sentencias discretas, y otras razones y buen proceder*, donde recopiló dichos latinos y castellanos de diversos autores y materias²⁵. Y no parece que tomara la información de segunda mano, pues, de entre los repertorio y polianteas que he consultado, se puede descartar con seguridad que utilizara la *Polyanthea opus suavissimis floribus exornatum* de Domenico Nani Mirabelli, impresa por vez primera en 1503 y ampliada por varios sus continuadores, para nuestros intereses, hasta la edición de Colonia, Martinus Cholinus, 1585; la *Cornucopia* (1519) de Ravisio Textor y su *Officina*, con varias estampaciones desde 1520; el *Theatrum vitae humanae* de Theodor Zwinger (1572); el *Viridarium illustrium poetarum cum ipsorum concordantiis in alphabetica tabula accuratissime contentis* de Ottaviano da Mirandola (1507); o la *Primera parte de las sentencias que hasta nuestros tiempos, para edificación de buenas costumbres, están por diversos autores escritas* (1554)²⁶. Únicamente se aprecia una cierta coincidencia con las *Illustrium poetarum flores*, del mismo Ottaviano da Mirandola (1538), que incluye una sección *De timore*, donde constan tres

²⁵ Cfr. British Library, Ms. Add. 16176, fols. 380r-426v.

²⁶ En torno a estos repertorios, véase Sagrario López Poza, «Florilegios, polyantheas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica», *Criticón*, 49, 1990, pp. 61-76; Víctor Infantes, «De *Officinas* y *Polyantheas*: los diccionarios secretos del Siglo de Oro», en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, págs. 243-57; Isaías Lerner, «Misceláneas y polianteas del Siglo de Oro español», en *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, ed. J. Matas Caballero, León, Universidad de León, 1998, II, pp. 71-82; Sagrario López Poza, «Polianteas y otros repertorios de utilidad para la edición de textos del Siglo de Oro», *La Perinola*, 4, 2000, págs. 191-214; Louis Hobbes, «Les recueils de citations au xv^e siècle: inventaire», en *La transmission du savoir dans l'Europe des xv^e et xvii^e siècles*, ed. Marie Roig-Miranda, Paris, Honoré Champion, 2000, págs. 127-137; y *Primera parte de las sentencias*, ed. Mara Cabello Barres et al., *Lemir* 17, 2013, págs. 591-764.

sentencias utilizadas en el *Diálogo*²⁷. Ello no implica, sin embargo, el uso ni el conocimiento directo de esta obra.

Más probable resulta la lectura que el autor del coloquio hubo de hacer de los *Adagia* erasmianos, pues en muy poco espacio, entre los folios 431v y 432r del manuscrito original, inserta tres pasajes cuyo origen parece estar en Erasmo de Rotterdam. En el primero encarece la superstición de Teágenes hacia una estatua de Diana en términos similares a los que se recogen en la glosa a *Theagenis Hecateum*²⁸. Inmediatamente después se trae el caso de un hombre que murió espantado de la sombra de Hércules, que también refiere Erasmo para ilustrar el dicho *Timidior es prospiciente*²⁹. Por último, Sofisto acumula sucesivamente dos citas de Ovidio: «...te aconseja Ovidio, que, a los atrevidos, el mismo Dios los favorece; y, en otra parte, que Fortuna y Venus los ayuda» (432r); Erasmo ya había unido esos mismos lugares ovidianos para explicar la máxima *Fortes fortuna adiuvat*: «Ovidius Fastorum libro secundo: “Audentes forsque deusque iuvat”. Idem allusit: “Audaces adiuvat ipsa Venus”»³⁰. Parece, pues, más que probable que Hermosilla se contara entre los numerosos lectores que tuvo el libro del holandés en la España del siglo XVI.

ESTA EDICIÓN

El propósito primero de estas páginas es ofrecer una edición fiable del *Diálogo de Temeroso* a partir de su único testimonio. He optado por la modernización y regularización de la grafía, aunque manteniendo las oscilaciones del vocalismo o las formas antiguas de algún vocablo. Se han resuelto las abreviaturas y asimismo se ha prescindido de cualquier signo diacrítico, a excepción de las llamadas para las notas al pie y de la foliación original, que se introduce

²⁷ Las tres máximas son de Petronio, *Satyricon* CXXII; Ovidio, *Heroidas* XIV, 132; y de Séneca, *Octavia Praetexta*, 871. Cfr. *Illustrium poetarum flores*, Venecia, Joannes Baptista Bonfadius, 1586, fols. 284r-285v.

²⁸ *Adagiorum Chiliades*, n. 2254. Sigo la edición *Adagiorum Chiliades*, ed. Emmanuele Leli, Milano, Bompiani, 2013. Véase, en cualquier caso, la anotación correspondiente en la edición del texto que sigue a continuación.

²⁹ *Adagiorum Chiliades*, n. 802.

³⁰ *Adagiorum Chiliades*, n. 145.

en el texto entre barras. La puntuación también se ha modernizado hasta donde ha sido posible. De los mínimos errores de copia y problemas textuales existentes, he dejado constancia en la introducción, por lo que la anotación atiende, casi en exclusiva, a la interpretación literal del sentido, al significado de ciertos vocablos en el contexto amatorio del siglo XVI y a la identificación de las fuentes, que tan decisiva importancia tienen en la construcción de la obra.

DIÁLOGO DE TEMEROSO

Afronio y Sofisto

AFRONIO. Quiero en este valle triste y solo llorar mi desventura, adonde solo el cielo pueda ser testigo de mis males, adonde, aunque con quejas le importune, a ningún hombre en ningún tiempo mi pena le declare, que, pues quiso Dios o mi ventura emplearme en parte que de mí mismo me recato, de mí me recelo³¹, de nadie me fío, pase mi dolor con tanta pena que iguale la confusión de mi fatiga con la consideración de mi secreto³². Pensamiento tan atrevido no puede caber en corazón humano. Si es fuerza del cielo, disculpa tengo, pues, cegando mi entendimiento, se vino a apoderar de mi albedrío. Mas ¡desdichado de mí!, ¿qué digo? ¿Cómo puede haber ceguedad en tanta lumbre? ¿Cómo fuerza de voluntad adonde, si el entendimiento fuese grande, sujetaría, como a la cosa del mundo más perfecta, su albedrío? Fuerza y razón aquí concurren; hermosura y aviso se concertan. Solo su valor y mi merescimiento son contrarios³³. ¡Dichosa contrariedad, pues torna en provecho suyo! Porque ser como ella [*fol.* 426v] no es posible; y, si fuera como yo, perdiera de

³¹ *me recato, de mí me recelo*: 'tengo miedo de mí mismo, desconfío de mí'.

³² El *secretum amoris*, conforme a las pautas del amor cortés, es un elemento clave para el discurso del diálogo. Recuérdese que consiste en la obligación por parte del enamorado de mantener el amor en secreto, sin descubrir el nombre de la dama, pero también sin revelarle a esta sus sentimientos.

³³ En efecto, el amor cortés se basa en la desproporcionada diferencia entre los méritos del amante y el objeto de su deseo.

lo que es. Y ansí quiero más desigualdad con mi tormento que no conformidad con su esperanza. ¡Ay, Dios! ¿Qué ruido es este? ¡Que aun la soledad que todos hallan no la acierte! Sofisto es este, que, aunque me es tan gran amigo, quisiera por un rato estarme solo.

SOFISTO. ¡Qué soledad es esta, amigo Afronio! Dete Dios la compañía que deseas.

AFRONIO. Y a ti te dé lo que procuras, que yo ni aun entiendo mi deseo, ni quiero, aunque pudiese, mejorar mi estado.

SOFISTO. Más me parece en tu semblante inquietud de alma que seguridad de vida. Para esto son los amigos, para, en la tribulación, dar consuelo y, en la necesidad, dar socorro. Ya sabes la obligación que tengo de servirte. Venza mi secreto tu condición tan recatada³⁴, que no se paga mal al que dice con callar lo que se escucha; que, si yo quisiese dar lugar a conjeturas³⁵, podría fácilmente informarme en lo que quiero. Mas no será bien usar del discurso con amigos de que nos solemos aprovechar de los extraños³⁶.

AFRONIO. Tu amistad me manda que lo diga, mas mi dolor que, si mil muertes me ofrescieren³⁷, que lo calle.

SOFISTO. Pésame que des lugar a que ningún hombre pueda presumir de ti cosa mal [*fol.* 427r] hecha. Suelen los males encubrirse, mas los bienes aclararse. ¿Qué temes? ¿De qué dubdas? Por el vínculo de nuestra amistad, te juro que en ningún tiempo palabra tuya la descubra. Usa contigo de piedad, y en esto da satisfacción a mi deseo.

AFRONIO. ¿Cómo te he de decir lo que yo a mí mismo encubro?

SOFISTO. Quizá, informado de lo que es, te persuadiré lo que tú quieres, que a mí tu remedio es quien me obliga, que, si aventurando el mío, pudiese darle, yo lo haría.

AFRONIO. Tú me haces faltar a lo que debo, pues puede más conmigo tu ruego que la determinación que yo tenía. Estoy (mal hago en decillo) enamorado³⁸.

³⁴ *recatada*: 'prudente, reservada'.

³⁵ *que*: 'porque'.

³⁶ *discurso*: 'modo de hacer las cosas'.

³⁷ *sí*: 'así'.

³⁸ Al hablar, Afronio está faltando a su obligación de guardar secreto.

SOFISTO. ¡Pequeño trueno para tan gran relámpago! ¿Estar enamorado es cosa nueva? Pasar algún trabajo hasta alcanzar algún suceso, ¿cosa usada?³⁹ Así que yo no puedo creer (según tu duda) sino que no es mujer de quien estás enamorado. Quizás te has vuelto algún Paris y quieres bien a alguna cierva⁴⁰.

AFRONIO. ¡Oh, desventurado el hombre que da cuenta de su mal a quien por tener diversa condición no le siente! Razón tienes de dudar, porque es más cosa divina que no humana.

SOFISTO. Pues ¿de verte también empleado te lastimas?⁴¹ Dichoso tú que te aguarda [fol. 427v] tal subceso.

AFRONIO. Si pensase yo que para el remedio de mi vida viniese a saber que yo la quiero, desde acá comenzaría a ser bien aventurado.

SOFISTO. ¿De manera que aún no lo sabe?

AFRONIO. ¿Saber? Atrevimiento es el que uso para que de ninguna manera le declare.

SOFISTO. Si tu pena no la dices y el mal, por ser secreto, no se aclara, ¿por qué razón tienes fatiga? Pues sola tu remisión y flojedad ha cerrado las vías de tu remedio. ¿Crees tú que hay mujer discreta que a dos veces que un hombre la mira no eche de ver que ya la quiere?

AFRONIO. Pues ¿había yo de osar mirarla?

SOFISTO. ¡Mal haya temor tan temeroso!⁴² No pienses que me he de persuadir que es respecto⁴³, que muchas veces el convencimiento en los demasíadamente comedidos no se estima, y en los graves, por ser diferente, se pondera. Creo verdaderamente que muchos de los que tratan amores, embelesados de aquellos, que se van en humo⁴⁴. Tiene de ellos menos culpa el amor que no su miedo, que de pusilánimos, de encogidos y medrosos, como se persuaden que es imposible por su merecimiento alcanzar nada, echan luego la culpa a un amor perfecto, a un amor divino. Y es vergüenza que llames amor divino [fol. 428r] a un amor cobarde.

³⁹ *suceso*: 'acontecimiento', favorable en este caso.

⁴⁰ Se refiere a Cipariso, que según narra Ovidio, *Metamorfosis* X, 106-142, se enamoró de un ciervo, al que él mismo mató por error, siendo transformado por Apolo en ciprés.

⁴¹ La voz *empleo* tenía también el significado de 'servicio amoroso'.

⁴² *temeroso*: 'cobarde, poco atrevido'.

⁴³ *respecto*: 'respeto, miramiento'.

⁴⁴ Sintácticamente, el segundo *que* es redundante.

AFRONIO. Pues ¿había yo de dar apariencias de servir a quien no merezco adorar?⁴⁵

SOFISTO. Déjate de esas idolatrías⁴⁶, de esas gentilidades, que, en ley de ser hombre, tienes más perfecto ser que el suyo⁴⁷.

AFRONIO. ¡Oh, vergonzosa comparación!, pues solo al que pensare en ella, por esta causa, le dará diferente ser del que tenía.

SOFISTO. ¡No puedo sufrir tu ceguedad! No me digas razones embelesadas⁴⁸, mas veme respondiendo a lo que te digo. ¿Qué es amor?

AFRONIO. Una transformación del que ama en la cosa amada⁴⁹.

SOFISTO. Pues, si tú la vista detienes, ¿de qué manera la amas?⁵⁰

AFRONIO. Como quien conoce que no merece verla.

SOFISTO. Pues, si tienes ese conocimiento, ¿para qué te da pena el no servirla?

AFRONIO. Porque con este deseo, con tenerle secreto, a mí me satisfago.

⁴⁵ El verbo *servir* es propio del amor cortés como sinónimo de amar, pues el amante se convierte en un siervo de la amada, sometido libremente a su voluntad.

⁴⁶ Recuérdese que *La Celestina* se dice «compuesta en reprehensión de los locos enamorados, que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios» (ed. Francisco J. Lobera y Guillermo Serés, Madrid, Real Academia Española, 2011, pág. 23).

⁴⁷ Fue un lugar común de la teología medieval el de subrayar la inferioridad de la mujer, definiéndola como hombre imperfecto. Así se lee en San Alberto Magno, *Quaestiones super de animalibus* V, q. 4 ad 1: «...et mulier est homo imperfectus respectu viri» o en santo Tomás de Aquino, *Super libros Sententiarum* II, 21, q. 2, a. 1 ad 2: «...et ideo mulier, etiam quantum ad animam, viro imperfectior erat».

⁴⁸ *razones embelesadas*: 'discursos absortos, sin sentido ni razón'.

⁴⁹ La transformación del amante en la persona amada es un motivo de muy larga vida en la tradición occidental, y así, por ejemplo, Juan de Aranda atribuye a san Dionisio la sentencia: «El amor transforma el amante en el amado» (*Lugares comunes*, Sevilla, Juan de León, 1595, fol. 55v). Véase, en torno a este asunto, Guillermo Serés, *La transformación de los amantes: imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1996.

⁵⁰ Téngase en cuenta que, para el amor cortés la vista era un elemento esencial, ya que el objeto del amor era la belleza sensible. Así Andreas Capellanus sentencia: «Amor est passio quaedam innata procedens ex visione et immoderata cogitatione formae alterius sexus», 'El amor es una pasión innata que tiene su origen en la percepción de la belleza del otro sexo' (*De amore. Tratado sobre el amor*, trad. Inés Creixell, Barcelona, Sirmio, 1990, pág. 55). No obstante, la idea tenía sus antecedente clásicos, pues ya Heliodoro, conforme a la traducción española de 1554, afirmaba que el amor «toma su principio de las cosas vistas, las cuales, a

SOFISTO. Tu fin ¿no es quererla, y, queriéndola, servirla, y, sirviéndola, merecerla?

AFRONIO. ¿Yo merecerla? Dios me destruya, si en mi mano estuviese alcanzar lo que un hombre no tan enamorado podría desear, si no fuese yo el primero que lo desviase. No querría sino que mil mundos fuesen míos para servirla con ellos, perder mi vida, aventurar mi honra por tal causa.

SOFISTO. [fol. 428v] No es posible sino que quien no osa mirar, ofreciéndose ocasión, le faltase ánimo para servir. Muchas veces la desenvoltura es testimonio del amor; que yo, de amor confiado ni encogido, si fuera mujer, poquito fiara.

AFRONIO. ¿Cómo no lo he de ser? Porque querer a una por el fin que de ella espero es amor propio. Querer lo que le está mejor es amor verdadero

SOFISTO. Yo corriérame⁵¹, si fuera mujer, que, teniéndome afición un hombre, no me deseara. Y era mayor servicio refrenar su deseo, a trueque de no aventurar hacerle ofensa, que no dejarla de pretender por no desearla. Mas tú, en no solicitar lo que deseas, ¿qué servicio la haces?

AFRONIO. Privarme del contento que, no siendo moderado, pudiera prometerme.

SOFISTO. Tú piensas que siempre moderaciones obligan a mujeres, y bien sé que todas las alaban, mas muchas en lo secreto las condennan.

AFRONIO. Pues, cuando yo quiera ser atrevido (lo cual no permita Dios) y hacer tan gran maldad como manifestar mi pena, casi nunca la veo. Y, cuando alguna vez acierto a verla, estoy tan turbado que solo en verme estoy temblando.

SOFISTO. Creo cierto que ese amor, de ser tan frío, te causa esa perlesía⁵².

manera de decir, lanzan aquella pasión dentro el alma por los ojos» (*Historia etiópica*, Amberes, Martín Nucio, 1554, fol. 87v).

⁵¹ *corriérame*: 'me avergonzaría'.

⁵² *perlesía*: 'flojedad, falta de fuerza, que impide el movimiento'. Baste el ejemplo de Fernando de Herrera en sus comentarios a Garcilaso, que apunta sobre el temor: «La causa por que se vuelva amarillo y frío quien teme, es porque el temor contrae y debilita al corazón», al tiempo que, en torno al amor, explica: «Fingen los poetas, porque el calor hace al amor y lo ahuyenta el frío, a Cupido armado con dos flechas, una, que tiene la punta bota, y es de plomo, aparta al amor, porque el plomo es frío; otra, aguda y dorada, engendra al Amor, porque el oro, aunque es de naturaleza templada, conviene al corazón, de quien se encien-

AFRONIO. Véome a mí tan te |fol. 429r| meroso que nunca la hablo, que los medios, como si no fuesen medios, los desvío⁵³.

SOFISTO. ¡Con esa solitud, no es mucho estar en tan buen estado!⁵⁴ Luego hicieras tú lo que Aconcio, enamorado de Cidipe⁵⁵, siendo no de tan noble linaje ni hacienda ni partes para servirla, que, estando en el templo de Diana, usó de esta atrevida cautela⁵⁶, que escribió dos versos en una manzana que junto a ella puso, en la cual juraba por los sacrificios de Diana de para siempre quererla y ser su esposo. Lo cual en el templo por ella leído, quedó su palabra dada al que lo escribió. Y, siempre que trataban casarla con otro, caía en gravísimas enfermedades. Lo cual de sus deudos entendido⁵⁷, no queriendo provocar la ira de Diana, vinieron a conceder por cautela lo que por concierto se estorbara⁵⁸.

AFRONIO. No lo hiciera por todo lo del mundo, que, aun de amigos suyos ofreciéndome lo que yo no osaba decir, me he recatado⁵⁹.

SOFISTO. Yo sé que tus deseos son bienes hechos en pecado mortal⁶⁰, porque tu amar, viendo tus pocas diligencias, por fuerza ha de parescer descuido;

den en calor todos los miembros» (*Comentarios. Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, ed. Antonio Gallego Morell, Madrid, Gredos, 1972, págs. 403 y 579).

⁵³ *medios*: 'remedios'; *los desvío*: 'los aparto de mí'. No obstante, la frase juega también con la idea aristotélica del medio como virtud, del cual se aparta Afronio.

⁵⁴ *solitud*: 'diligencia'. La frase está dicha en sentido irónico y no se olvide que *solicitar* tenía el valor de 'requerir en amores'.

⁵⁵ *Luego*: 'De inmediato'.

⁵⁶ *cautela*: 'maña, sutileza para engañar'.

⁵⁷ *deudos*: 'familiares'.

⁵⁸ *concierto*: 'acuerdo', matrimonial en este caso; *se estorbara*: 'se impediría'. El mismo ejemplo de Aconcio y Cidipe se utiliza como argumento en Ovidio, *Ars amatoria*, I, 457-458: «Littera Cydippen pomo perlata fefellit,/ insciaque est verbis capta puella suis», 'Una carta mandada en una manzana engañó a Cidipe y la desprevenida moza quedó cogida en sus propias palabras', aunque se narra con más detalle en el mismo Ovidio, *Heroidas* XX.

⁵⁹ *me he recatado*: 'he desconfiado, he recelado'.

⁶⁰ Según explica santo Tomás de Aquino, el pecado mortal atenúa el mérito de las buenas obras: «Estas obras tienen el poder de conducir a la vida eterna –en lo cual consiste su vida– no solo mientras tienen una existencia actual, sino también después que dejan de existir, en cuanto que permanecen en la aceptación divina. Y ahí permanecen, de suyo, después de ser amortiguadas por el pecado, porque estas obras, una vez realizadas, serán siempre

tu deseo, flojedad; tu respecto, encogimiento⁶¹. Y si estos son medios para ponerte en buen estado, tú lo vey⁶². No quiero quitarte el temor ni el respecto, temiendo turbado declarar tu pena, [fol. 429v] que algunas veces la turbación aun a las muy desenvueltas edifica. Y aun si esto temes, remite al papel lo que la lengua había de hacer⁶³.

AFRONIO. ¡Libreme Dios de mal! No me queda gota de sangre. Por amor de Dios, no me alteres más considerando lo que en mí veis⁶⁴ y de ella puedes creer de su valor, de su hermosura, de su discreción, de su encerramiento. Si tú te determinaras escribir, ¿cómo dijeras?

SOFISTO. Yo en esto de escribir tengo una opinión extraña: que se ha de usar de ello a más no poder para decir lo que no puedo por palabra. Y así, después de haber considerado lo que me has dicho, yo fuera breve y compendioso de esta suerte: «La vida es breve y las ocasiones pocas; pues puedes conocer lo que te quiero, acomodémonos»⁶⁵.

AFRONIO. ¡Maldito sea atrevimiento tan resuelto!

SOFISTO. Pues así le guarde Dios que se quede necio, si no tripula su condición, porque, conocido el fuego⁶⁶, es menester acortar los envites⁶⁷, que lo que el tiempo en un día cursó largo y prolijo ha de hacer que la consideración lo anticipe.

AFRONIO. ¿Siendo, como es, tan discreta?⁶⁸

aceptadas por Dios, y los santos se alegrarán de ellas [...]. El que ellas no sean eficaces para conducir a la vida eterna proviene del pecado posterior, por el que uno se hace indigno de la vida eterna» (*Suma teológica* III, q. 89, a. 5).

⁶¹ *encogimiento*: 'falta de valor, cortedad de ánimo'.

⁶² *lo vey*: 'velo tú mismo'. Es forma arcaica del verbo *ver* usada en el siglo XVI, como consta en Jerónimo Fernández: «la que en hermosura no sobrepuja a la infanta nuestra señora no puede entrar dentro; mas dende la puerta vey lo que está dentro» (*Don Belianís de Grecia*, ed. Lilia E.F. de Orduna, Kassel, Reichenberger, 1997, I, pág. 240).

⁶³ 'muestra por escrito lo que no te atreves a decir de palabra'.

⁶⁴ *veis*: 'ves'.

⁶⁵ *acomodémonos*: 'concertémonos, lleguemos a un acuerdo'. La frase procede de Hipócrates, *Aforismos* I, 1: «Vita brevis, ars longa, occasio praeceps», 'La vida es breve, el arte largo, la ocasión fugaz'.

⁶⁶ *conocido el fuego*: 'una vez que se ha identificado el problema'.

⁶⁷ *acortar los envites*: 'abreviar los discursos y razonamientos'.

⁶⁸ *discreta*: 'cuerda inteligente, que discierne bien'.

SOFISTO. Ninguna cosa tienes tan de tu parte. Tan discreta puede ser que halle mil maneras para hacer a su salvo lo que quisiere⁶⁹. ¿Quién sino la discreta [fol. 430r] es quien se obliga y da muchas veces de ser discreta en ser agradecida? Que la necia, de temerosa, se turba; no de buena, sino de embarazada, se acobarda. Y, a mejor librar⁷⁰, dirá lo que la otra, que mirándola (a mi parecer, sería algún despensero que tuvo un día ocasión y quiso dispensar con sus antojos)⁷¹, y ella, muy maravillada de ver su atrevimiento, volviöse a él y djóle: «¡Ay, desventurada de mí, sin servir!»⁷². Así que tienen un arancel muy necio por do caminan⁷³, que no saben conocer que puede merecer más un hombre con el amor de un día que otro con el de mil años, si no van regulando el tiempo las veces que le ha hablado, cuántas le ha escripto; y todas estas consideraciones para hacer una muy gran necedad. Llamo necedad aun las cosas bien hechas a mal tiempo concedidas.

AFRONIO. Es lenguaje tan fuera de mi estilo que aun he vergüenza de que hables de esa suerte.

SOFISTO. Pues ¡ea, señor vergonzoso!⁷⁴ Acaesce en el amor lo que en el fuego, que el agua, puesta en él, yerve⁷⁵, el aceite arde, el papel ahúma de ordinario y muchas veces deslucidamente se consume, de manera que aun su ceniza no queda por testimonio de su muerte, que se esparce. Así te ha de acontecer con tu pena embelesada⁷⁶. No repruebo un amor perfecto, un amor considerado, mas condemno que no procures alcanzar algún remedio y buscar manera como ase [fol. 430v] gurar lo que con gran peligro se sustenta. No digo que tengas por fin que te favorezca una

⁶⁹ *a su salvo*: 'sin empacho, conforme a su gusto'.

⁷⁰ *a mejor librar*: 'lo menos malo que podrá suceder'.

⁷¹ *despensero*: 'el que se encarga de la despensa', pero también 'el que reparte bienes'; *dispensar con sus antojos*: 'dar libertad y licencia a sus deseos'. El juego de palabras se basa, claro está, en la homonimia de ambas voces.

⁷² 'sin pasar de la mirada al acto y al servicio amoroso', pero también 'sin atender a sus obligaciones de despensero', esto es, dándose gusto a sí mismo y no a los demás.

⁷³ *arancel*: 'tributo que se paga por pasar una aduana', en este caso, un camino.

⁷⁴ *ea*: 'vamos, venga', en señal de ánimo.

⁷⁵ *yerve*: 'hierve'.

⁷⁶ *embelesada*: 'que cautiva tu razón y tus sentidos'.

mujer en lo que puede, mas que procures llegar al fin para tener prenda y seguridad del amor que te promete, si aun eso basta.

AFRONIO. ¿Cómo si eso basta? El volver solos los ojos una mujer principal basta para asegurar ese peligro⁷⁷.

SOFISTO. Principalmente se engañan, porque, por vida suya, según dicen los que andan por el mundo, que no es ya lo que solía, porque a muchas les parece que, aunque dejen prenda, pueden, cuando quisieren, a su salvo retirarse.

AFRONIO. ¡No digas herejías!

SOFISTO. El mal es que digo verdades.

AFRONIO. Aun me pesa de oírlo ¡Qué sería si pensase que podría ser verdad!

SOFISTO. Pues nadie la trate conmigo, si no le dijere otro suceso más extraño: que, después de solicitada una mujer mucho tiempo, vino a dar un sí muy confirmado; y en pocos días, sin ningún fundamento, vi mudarse.

AFRONIO. En ese negocio te doy libertad que digas lo que quisieres, porque el arrepentimiento en este caso no es enmienda.

SOFISTO. Pues oye un soneto que a este propósito vi no sé dónde escrito.

Soneto

Destruir el alto cielo a un desdichado
con darle cada paso desventura [fol. 43r]
es cosa tan conforme a la natura
que nadie puede estar maravillado;
mas dame pena ver que quiera el hado
buscarme de mi gusto coyuntura⁷⁸,
y ser más infeliz con la ventura
que el mismo a quien el cielo ha fatigado⁷⁹.
Jurando, mi remedio prometiste,
y el mal que puede hacer la que sé aclara
no ver que la palabra es más que el hecho⁸⁰.

⁷⁷ *asegurar*: 'confirmar'.

⁷⁸ *coyuntura*: 'ocasión, oportunidad'.

⁷⁹ *ventura*: 'caso favorable, buena suerte'. Ha de entenderse que es más desgraciado a causa de haber recibido inicialmente algo bueno, que luego pierde.

⁸⁰ *la que sé*: 'la dama', mencionada de forma elusiva conforme al principio del *secretum amoris*; *aclara no ver*: 'hace más claro, explica el hecho de no vea'.

El mal de parte tuya ya le hiciste,
que, cuando en tu promesa pongas para⁸¹,
no puede un sí jamás quedar deshecho.

AFRONIO. Tú di lo que quisieres, que la misma opinión que me hace estimarlas, cuando veo suceso diferente, me hace aborrecerlas. Eso y otras cosas que algunas veces los que andan tras ese fin que tú persuades suelen oír. No puedo bien llevarlo que diga mujer, si es principal: «No puedo», sino: «No quiero». Porque claramente me dice que, si pudiese, querría⁸². Y es verdad que ningún embarazo, sino su voluntad, la estorbe, porque dice Ovidio: «Dueña importuna de la tierna doncella, ninguna cosa haces⁸³; a cada una la de guardar su entendimiento. Si alguna [fol. 43IV] sin temor ni guarda es casta, esa es casta, que la que no puede no quiere, esa ya concede el mal. Ni puede, si no quiere, ninguna ser guardada, que, aunque más la encierres, no puedes cerrar su inclinación. Secreta y abscondida dentro de sí, podrá incurrir en el pecado»⁸⁴. Mas son tantas las que no quieren que bastan para dar ejemplo al mundo.

SOFISTO. No es mi intento defender mujeres ni acusarlas, sino digo que, quien amando es cobarde, es un gran necio. Bien sé que el amor trae cobardía o, por mejor decir, atrevimientos acobardados, mas también suele dar esfuerzo.

AFRONIO. De mí sé que ninguna cosa oso hacer, con temor de ofenderla.

SOFISTO. Tendría por mejor hacer muchas con esperanza, y, si no, tórnate un Teágenes, con tanta superstición temeroso que tenía por ídolo la figura de Diana y a ninguna cosa movía jamás el pie sin consultarla⁸⁵.

⁸¹ *cuando*: 'aun cuando, aunque'; *para*: 'límite, fin', con voz forzada por la rima, probablemente a partir del verbo *parar*.

⁸² En el manuscrito se lee «claram^{te}».

⁸³ *ninguna cosa haces*: 'no consigues nada'.

⁸⁴ *In marg.*: «Ovid. Lib. 3 *Amor*. Eleg. 4. Dure uir etc.». La nota es de un lector posterior, y, en efecto, el pasaje traduce los versos de Ovidio, aunque adaptado el *vir* original en *dueña*: «Dure uir, inposito tenerae custode puellae/ nil agis: ingenio est quaeque tuenda suo./ Si qua metu dempto casta est, ea denique casta est;/ quae, quia non liceat, non facit, illa facit./ Vt iam seruaris bene corpus, adultera mens est;/ nec custodiri, ne uelit, ulla potest./ nec corpus seruare potes, licet omnia claudas:/ omnibus exclusis intus adulter erit» (*Amores* III, 4, 1-8).

⁸⁵ La anécdota parece remitir a Erasmo en sus *Adagia*: «Hic Theagenes legitur usque fuisse adeo superstitiosus, ut domi haberet Hecathes simulacrum nec usquam pedem moueret nisi

AFRONIO. ¿Qué he de hacer?, que nunca oí su nombre que no me alborotase la sangre y quedase turbado por un rato.

SOFISTO. Yo tenía por burla lo que decían de Casandro y ahora veo que es verdad, que temió tanto a Alejandro Magno que, después de su muerte, sujetada Grecia, mandando a Macedonia, habiendo venido a Delfos, [fol. 432r] mirando allí unas estatuas, acertando a ver la de Alejandro Magno, le tomó tan gran temblor que no pudo en mucho tiempo sosegar⁸⁶. Deseo saber de ti qué es lo que temes. Tú no la ofendes, sino en no desearla; tú la quieres, tú la respetas y la estimas. ¿En qué fundas este miedo?

AFRONIO. ¡Ah!, que no cae consideración en gran temor⁸⁷.

SOFISTO. Haz lo que Diógenes, que, preguntándole Alejandro macedonio: «Por ventura, ¿hasme miedo?». «¿Eres bueno o malo?». Como le dijo que bueno, dijo Diógenes: «¿Quién puede temer lo bueno?»⁸⁸. Si alguna sierpe, dijera que temieras su ponzoña; su aspereza y aun la fiereza con mansedumbre se corrige⁸⁹.

illo consulto» (*Adagiorum Chiliades*, ed. Emmanuele Leli, Milano, Bompiani, 2013, pág. 1784, n. 2254), y casi literalmente se repite en Ravisius Textor: «Theagenes fuit adeo superstitiose timidus, ut domi haberet Hecathes simulacrum, nec usquam pedem moueret nisi illo consulto» (*Officinae epitome. Tomus II*, Lyon, Haerdes Sebastianus Gryphius, 1560, pág. 388).

⁸⁶ El pasaje traduce a la letra un lugar de Plutarco, que el autor pudo leer en las versiones latinas que circularon durante el siglo XVI: «Dicen que en general Casandro concibió en su alma un miedo tan terrible e imborrable que incluso muchos años más tarde, cuando era ya rey de Macedonia y gobernaba en Grecia, pasando una vez por Delfos, mientras contemplaba las estatuas, al aparecer de improvisto una estatua de Alejandro, se sobrecogió tanto que su cuerpo empezó a temblar y estremecerse, y a duras penas consiguió reponerse, transformado ante aquella visión» (*Alejandro Magno. Vidas paralelas*, 74, 6; trad. Antonio Guzmán, Madrid, Akal, 1986).

⁸⁷ Esto es, el miedo no permite razonar.

⁸⁸ La anécdota procede de la vida de Diógenes recogida en Diógenes Laercio: «Habiendo Alejandro venido repentinamente a su presencia, y díchole: “¿No me temes?”, le preguntó si era bueno o malo; diciendo aquel que bueno, respondió Diógenes: “¿Pues al bueno quién lo teme?”» (*Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, 37; trad. Carlos García Gual, Alianza, Madrid, 2007).

⁸⁹ La misma idea se encuentra en Juan Valladares de Valdelomar: «Con mansedumbre desecháis fiereza» (*Caballero venturoso*, ed. Adolfo Bonilla y San Martín y Manuel Serrano y Sanz, Madrid, Rodríguez Serra, 1902, I, pág. 211).

AFRONIO. Sí, más ya sabes que dice Séneca que el temor quita las fuerzas, y Ovidio que manda mucho el temor⁹⁰.

SOFISTO. También sé ya que dice, y muy bien, Petronio que cuanto uno teme, tanto huye⁹¹. Escucha lo que te aconseja Ovidio, que, a los atrevidos, el mismo Dios los favorece; y, en otra parte, que Fortuna y Venus los ayuda⁹². ¿No sabes que dice Publio que nunca peligro sin peligro se vence?⁹³ Pues el temor, el dolor y alteración causada del conocimiento del mal futuro, tú aquí no le conoces, ¿de qué [fol. 432v] temes? ¡Qué ánimo tan valeroso! Luego hicieras lo que Teseo, con tanta determinación le hizo el amor arrebatarse a Ariadna, hija del rey Minos⁹⁴; Paris a Elena, miserable incendio de la desventura Troya⁹⁵. ¿Quién hizo que un centauro Niso se determinase a tomar a Deyamira, mujer de aquel famoso Hércules?⁹⁶ A ti, reo, ¿qué te ha de acaecer con tu dama? ¿Lo que al otro, que, oída la

⁹⁰ Se cruzan en este pasaje varias sentencias conocidas, como Ovidio, *Heroidas* XIV, 132: «Vires subtrahit ipse timor», ‘El miedo quita las fuerzas’; Séneca, *Octavia Praetexta*, 871: «aegras frangeret vires timor», ‘sus débiles fuerzas quebrantarán el temor’; o del mismo Séneca, *Hercules Furens* 253: «Opprimet leges timor», ‘Somete el temor a las leyes’.

⁹¹ Petronio, *Satyricon* CXXII: «Quantum quisque timet, tantum fugit».

⁹² Ovidio, *Metamorfosis*, X, 586: «Audentes deus ipse iuuat». Ovidio, *Ars amatoria*, I, 608: «Audentem Forsque Venusque iuvat», ‘a los audaces Fortuna y Venus ayudan’. Erasmo suma las dos cita de Ovidio al comentar la máxima «Fortes fortuna adiuvat»: «Ovidius Fastorum libro secundo: “Audentes forsque deusque iuvat”. Idem allusit: “Audaces adiuuat ipsa venus”» (*Adagiorum Chiliades*, ed. cit., pág. 234, n. 145).

⁹³ Publilio Siro, *Sententiae*, N7: «Numquam periculum sine periculo uincitur». La frase castellana aparece literalmente en el auto X de *La Celestina*: «Nunca peligro sin peligro se vence» (ed. Francisco J. Lobera y Guillermo Serés, Madrid, Real Academia Española, 2011, pág. 225).

⁹⁴ Según detalla, entre otros autores, Ovidio en sus *Heroidas* X, Ariadna, tras ayudar a Teseo a salir del laberinto, huyó con este, que terminaría abandonándola en la isla de Naxos. A partir de aquí, se enumeran en el texto otros casos mitológicos de rapto que también incluyó Ovidio en sus *Heroidas* XV, el de Paris a Helena, y IX, el de Deyanira a Hércules.

⁹⁵ Recuérdese que, aprovechando la ausencia de Menelao, rey de Esparta, Paris huyó con su mujer, Helena, a Troya, siendo causa de la posterior guerra con los aqueos.

⁹⁶ Deyamira es Deyanira, esposa de Hércules, que fue raptada por el centauro Neso con intención de violarla, en el momento en que la ayudaba a cruzar el río Eveno. Ovidio cuenta la historia en *Heroidas* IX y en *Metamorfosis* IX, 98-133 y la recoge asimismo Erasmo (*Adagiorum Chiliades*, ed. cit., págs. 1597-1598, n. 1998).

fama de Hércules, se fue a una cueva de miedo y, acertando Hércules a pasar por allí, de su sombra el triste espantado se murió?⁹⁷

AFRONIO. No, sino sed un Faetón, y encargaos del carro del sol: ¡daréis con la carga en el suelo!⁹⁸ Imitad a los gigantes, que con tanto atrevimiento intentan a combatir el cielo, juntando montes a montes, sin temer el fuego de Júpiter, que los abrasa⁹⁹.

SOFISTO. No quiero temeridades, mas que no inventemos atrevimientos ni dificultades adonde muchas veces un camino llano y seguro se nos ofresce; que no es menester volar, como el otro que el sol derritió sus alas y dio en el mar despedazado¹⁰⁰; ni es menester buscar golfos¹⁰¹, sino navegar tierra a tierra¹⁰²; y, cuando hiciere buen tiempo, si la vela os puede aprovechar, [fol. 433r] no la cosáis¹⁰³. Cuando fuere no muy contrario, mas algo forzoso, hacer fuerza de remos, que con alguna fuerza el amor

⁹⁷ La anécdota está directamente tomada de los *Adagia* de Erasmo de Rotterdam, que, a su vez, da como fuente a Suidas: «*Timidior es prospiciente*. Dicitur in hominem supra modum pavidum Id ortum aiunt ex huiusmodi fabula. Quidam natura timidus audita Herculis fama abdiderat se prae metu in specum quendam; deinde cum aliquando prospectaret et Herculem forte fortuna praetereuntem vidisset, immodico metu examinatus est ac protinus dirigit in saxum versus, quod adhuc visitur specie viri, velut a specu prospicientis» (*Adagiorum Chiliades*, ed. cit., pág. 770, n. 802). Cabe relacionar la historia con la de la muerte de Licas a manos de Hércules tal como la refiere Ovidio, *Metamorfosis* IX, 211-225.

⁹⁸ Faetón, hijo de Helios, pidió a su padre conducir por un día el carro del sol y, para evitar una catástrofe por su incapacidad para hacerlo, Júpiter lo detuvo con un rayo y el joven murió ahogado en el río Eridano. Ovidio cuenta la historia con detalle en *Metamorfosis* II, 1-332.

⁹⁹ El texto narra la rebelión de los gigantes con los mismos detalles que precisa Ovidio, *Metamorfosis* I, 151-155: «*Neve foret terris securior arduus aether,/ adfectasse ferunt regnum caeleste gigantas/ altaque congestos struxisse ad sidera montis./ tum pater omnipotens misso perfregit Olympum/ fulmine et excussit subiecto Pelion Ossae*», ‘Y para que el elevado cielo no estuviera más seguro que la tierra los Gigantes, se dice, aspiraron y levantaron montañas apiladas hasta las altas estrellas. Entonces el padre omnipotente lanzó su rayo, hizo añicos el Olimpo y derribó al Pelio del Osa que lo sostenía’ (trad. Fernando Navarro y Antonio Ramírez, Madrid, Alianza, 1998).

¹⁰⁰ Se refiere a Ícaro, hijo de Dédalo, que, volando con unas alas unidas por su padre con cera, se elevó cerca del sol, con lo que se derritió la cera y cayó al mar. Ovidio incluyó su historia en *Metamorfosis* VIII, 183-235.

¹⁰¹ *golfos*: ‘mar abierto’.

¹⁰² *navegar tierra a tierra*: ‘navegar costeano, bordeando la costa’.

¹⁰³ *no la cosáis*: ‘utilizadla, seguid navegando, no aprovechéis para repararla’.

y el viento se contrastan¹⁰⁴. Si fuere tiempo deshecho¹⁰⁵, no porfiar, estar sobre los fierros y aguardar bonanza¹⁰⁶, que no hay tiempo tan gastado que alguna vez no mejore¹⁰⁷. Mas si vos pensáis que la ocasión y el suceso y el remedio os ha de venir a buscar, es gran engaño.

AFRONIO. Yo no quiero que me busque, pues no pretendo hallarle.

SOFISTO. Pues tener fin a lo que no se tiene fin es gran locura¹⁰⁸. Tú no sales con lo que pretendes, que es servirla, no mostrándolo, porque de las cosas interiores solo Dios es el juez, y para manifestarlas es menester con apariencia descubrirlas¹⁰⁹. Con esto quiero dejarte con lo que Gregorio dice: «No conoce el bien de la libertad a quien el temor de la servitud le encoge»¹¹⁰. Dice Séneca: «Muchas más son las cosas que espantan que no

¹⁰⁴ *se contrastan*: ‘se afrontan, se combaten’. La relación entre el viento y el amor es un tópico frecuentado en la literatura áurea, como consta en Francisco Delicado: «... como todo es viento su amor, yo huelgo que ame y no sea amado» (*La Lozana andaluza*, ed. Folke Gernert, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, pág. 192), en Jorge de Montemayor: «amor no fuera amor, mas fuera un viento» (*Poesía completa. Cancionero*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce y Emilio Blanco, Madrid, Turner, 1996, pág. 537) o en algún romance pastoril: «Mira que el amor es viento» (*Flor de romances, glosas, canciones y villancicos*, ed. Antonio Rodríguez-Moñino, Valencia, Castalia, 1954, pág. 232).

¹⁰⁵ *tiempo deshecho*: ‘temporal peligroso’.

¹⁰⁶ *fierros*: ‘anclas’.

¹⁰⁷ Alude al refrán «Tras tormenta, gran bonanza», que recoge el maestro Correas (*Vocabulario de refranes*, ed. Víctor Infantes, Madrid, Visor, 1992, pág. 488). La misma idea se encuentra en Juan Rufo: «Y no penséis que un tiempo siempre dura;/ es la bonanza fin de la tempesta» (*La Austriada*, en *Poemas épicos II*, ed. Cayetano Rosell, Madrid, Rivadeneyra, 1854, pág. 36). El juego entre el tiempo humano y la tormenta marítima fue común y se registra en numerosos textos, como en el romance: «la esperanza,/ que es mensajera del tiempo/ y espera, traerá bonanza» (*Romancero general*, ed. Agustín Durán, Madrid, Atlas, 1945, I, pág. 111) o en Cristóbal Mosquera de Figueroa: «...acudistes con bonanza/ a mis tormentas, tiempo y desengaño» (*Obras I. Poesías inéditas*, ed. Guillermo Díaz Plaja, Madrid, Real Academia Española, 1955, pág. 109).

¹⁰⁸ *fin*: ‘límite’.

¹⁰⁹ *con apariencia*: ‘por medio de signos visibles e indicios’.

¹¹⁰ *servitud*: ‘servidumbre’. La sentencia resume un lugar de san Gregorio de Nisa, *Contra Eunomium* X: «Quis enim ignorat quod natura servus et domini necessitate occupatus, neque perturbationis metus et timoris fuerit expers? Timor enim quodammodo cum natura servitutis coniunctus est et iugatus», ‘¿Quién no sabe que el que por naturaleza es esclavo, por una parte está poseído por la necesidad de un amo, por otra no puede estar libre de la perturbación del miedo y del temor? El temor, en efecto, está en cierto modo unido y ligado

las que nos atormentan»¹¹¹. Muchas veces más con la opinión nos fatigamos que, como con el suceso, luego consentimos con la imaginación, y así volvemos las espaldas. ¿Qué sirve aumentar males a males y el tiempo presente con temor del futuro no gozarle? Es necedad, antes que seas desdichado, tenerte por tal; como [fol. 433v] aves que del sonido de la honda se espantan, así nosotros de cualquier miedo nos alborotamos¹¹².

AFRONIO. No para seguir tu parecer¹¹³, sino para tomar de él lo que quisiere, me di en pocas palabras lo que me has persuadido¹¹⁴.

SOFISTO. Soy contento de servirte. Lo que he dicho: Que el amor doquiera que le emplees jamás te espante, sino que esperes el suceso y le procures. No mostrar tan gran respecto que puedas intitularse cobardía. Que no pienses con amor embelesado agradar a ninguna, porque no es bueno para nada. Que la desenvoltura es muchas veces testimonio del amor, que obliga más a quien desea, y, por no hacer ofensa, se modera. Que el que de puro medroso, no deseando, se recata, que no siempre el recato obliga a las mujeres. Que alguna vez la turbación, aun a los muy desenvueltos, edifica. Que quien quiere tratar no cure de mucho escribir¹¹⁵. Que ser discreta una mujer es parte para alcanzar lo que se pretende, que es gran trabajo y mayor dificultad tractar con una necia. Que el fin que los más pretenden no se ha de solicitar como fin, sino por prenda para asegurar aquel amor. Que a muchas les parece que, aunque dejen prenda, [fol. 434r]

con la naturaleza de la servidumbre' (*Opera. XLV. Patrologiae Cursus Completus. Series Graeca prior*, Paris, Jacques-Paul Migne, 1858, pág. 850).

¹¹¹ Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium* I, 13, 4: «Plura sunt, Lucili, quae nos terrent quam quae premunt».

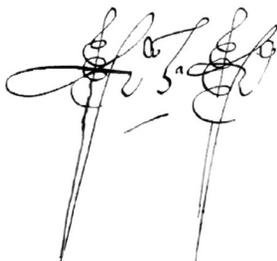
¹¹² Este lugar común aparece en varios autores del Siglo de Oro, como Lope de Vega: «...tendió los brazos y, arrugando el ceño/ (como el que despertó de largo sueño)/ puso piedra en la honda, cuyo giro/ así dispide el tiro,/ que volvieron balando al valle ameno,/ haciendo como el trueno,/ que el aire rompe y resonando queda,/ bramar la fuerte seda./ Las aves se espantaron y en lo hueco/ del valle resonó doblado el eco» (*Rimas*, ed. Felipe Pedraza, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 1993-1994, II, pág. 202) o el padre Juan Eusebio Nieremberg: «Son como las aves, que se alborotan y espantan de solo el sonido de la honda» (*Obras filosóficas. Tomo tercero*, Lucas Martín de Hermsilla, 1686, fol. 107v).

¹¹³ *In marg.*: «Resumen de todo». De otra letra.

¹¹⁴ *me di*: 'dime'.

¹¹⁵ *tratar*: 'comunicar con alguien'; *no cure*: 'no se preocupe'.

que pueden a su salvo retirarse. Que cada uno, según el tiempo, navegue, que de esta manera llegará al puerto que se desea. Otras cosas las muestra el lugar y la ocasión. Tú estás tan fuera de buscarla que creo que te pesaría con ella. Porque no tengas pesar con lo que digo, quiero callar, que por esta vez nos podremos ir con lo que he dicho.



Mote de doña Juana Cortés, cuando se casó:
«Puse fin a mis cuidados»¹¹⁶.

LUIS GÓMEZ CANSECO
Universidad de Huelva

¹¹⁶ *cuidados*: 'cuitas, recelos, preocupaciones'. El manuscrito se cierra con la rúbrica de Francisco de Hermedilla y la nota sobre doña Juana Cortés. El mote responde a una fórmula común en la literatura áurea, y como tal se encuentra en Fernando de Herrera: «si termino pusiese a mis cuidados» (*Poesía*, ed. María Teresa Ruestes, Barcelona, Planeta, 1986, pág. 272), en la comedia *El encubierto* de Diego Jiménez de Enciso: «no pude dar fin a mis cuidados» (ed. Eduardo Juliá Martínez, Madrid, Real Academia Española, 1951, pág. 113), en *La culpa busca la pena* de Juan Ruiz de Alarcón: «para ponerles fin a mis cuidados» (*Obra completa. III*, ed. Agustín Millares, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pág. 17) o en el conde de Villamediana: «busqué descanso en vano a mis cuidados» (*Poesía impresa completa*, ed. José Francisco Ruiz Casanova, Madrid, Cátedra, 1990, pág. 244). Literalmente se encuentra en una inscripción funeraria de la catedral de Santo Domingo: «Puse fin a mis cuidados. Esperanza y fortuna quedaos y buscad otros a quien burléis» (Erwin Walter Palm, *Los monumentos arquitectónicos de la Española*, Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, 1955, I, pág. 108).

